



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13759

**PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN**  
En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 pts.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

**REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24**

VIERNES 4 DE OCTUBRE DE 1907

**CONDICIONES**  
El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Correponales en París: Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 31, Faubourg-Montmartre.

**La Unión y el Fénix Español**  
Compañía de Seguros Reunidos  
AGENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA, FRANCIA Y PORTUGAL  
42 AÑOS DE EXISTENCIA  
SEGUROS sobre LA VIDA.—SEGUROS contra INCENDIOS.  
Subdirección en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPAÑÍA. Caridad 4, principal.

## COSAS DE ESPAÑA

«Tierra Gallega», un simpático colega de la Coruña, se siente escéptico ante la brillante prueba de patriotismo y amor á sus deberes militares, que con ocasión de las maniobras han dado sus paisanos acudiendo al llamamiento á filas el noventa por ciento.

El cree que si el llamamiento á las reservas se hiciera para una guerra verdadera y no para un simulacro, dejaría de acudir.

Nosotros creemos lo contrario; no hacemos la ofensa á la juventud gallega de considerarla capaz de temores que no tienen quienes como ellos han demostrado que tienen conciencia de sus deberes, y los cumplen.

En cambio, estamos muy conformes en que es injusta la redención á metálico y en que debiera abolirse; pero habrá de convenir el colega en que no basta que el ministro de la Guerra proponga á las Cortes el servicio militar obligatorio; es además necesario que las Cortes lo quieran implantar; pero les ha sido sometida la alteración de la ley de reclutamiento, ya haciendo obligatorio el servicio, ya sólo la instrucción militar, y los proyectos han ido á enriquecer los archivos de las Cámaras, no á la «Gaceta».

Y puesto que los legisladores se oponen, los pueblos que los eligen no deben pedir cuentas sino á ellos, mismos que se someten al sistema de elecciones, hechas desde Gobernación.

Cuando el caciquismo desaparezca, por un arranque de virilidad popular, entonces será la ocasión de proponer é implantar lealmente el servicio militar obligatorio.

Mientras la máquina política siga montada en cacique, mientras la posición y las influencias lo puedan todo, el servicio obligatorio se mixtificará en la práctica, y los hijos de los poderosos tampoco irán á filas, y sin que les costara el dinero como ahora.

También dice el periódico coruñés, esto:

«En la Península, según la opinión de técnicos, nada práctico han aprendido en estas maniobras ni oficiales ni soldados...»

No; eso de que nada han aprendido no pueden decirlo los técnicos; pues aprenden muchas cosas en unas maniobras; y el gasto, es menor, bastante menor de lo que debiera ser; pues nos hacen falta, muchas maniobras y más costosas, como para retener á los soldados en filas más tiempo, que es lo que se necesita, aunque se precisara de otros lujos, y para mover, no diez mil hombres, sino diez mil, que es lo menos que del primer intento tendríamos que situar en la frontera si fuéramos atacados y tuviéramos seriamente que defender.

Siquiera por motivo de conservación, ya que no sea por patriotismo, deben no sustentarse y menos divulgarse en la prensa ciertas teorías de los conservadores.

¡Los españoles siempre haciéndonos mal á nosotros mismos y alabando á los extranjeros!  
¡Cosas de España!

## HEROISMO Y GLORIA

Los combates sangrientos y reñidos que las tropas francesas han sostenido con los kabiles de las inmediaciones de Casa-Blanca, causan risa á los menos versados en cuestiones militares, al pensar en el número tan insignificante de bajas que tuvieron en sus filas, siendo así que han llegado nada menos, que á la lucha cuerpo á cuerpo, y sosteniéndola por mucho tiempo al decir de los correspondales, especialmente franceses. Claro está que ni los medios de combate ni la instrucción, eran iguales en ambas partes, pero si bien los franceses contaban con el armamento moderno, y la disciplina y demás virtudes de los ejércitos bien organizados, los moros tenían á su favor á más de su indomito valor, su exaltación religiosa, que les hace capaces de acometer las más grandes empresas.

De modo que podemos afirmar, que esos combates donde han tenido 4 ó 5 bajas, ó aunque hayan sido 15 ó 20, no son más que ligeras escaramuzas de escásima importancia, á pesar de que en ellos hayan encontrado la muerte y tenido verdaderos destrozos los marroquines, pues como los mismos correspondales dicen, esto lo han causado los cañones de los buques, que con sus grandes alcances y con sus granadas de explosión los barrían en grande número.

Como modelo de combate sangriento, voy á describir el del Caney, aunque de todos es conocido, más me mueve á ello, el ser dicho combate, un verdadero triunfo de nuestra infantería, por el valor y heroísmo de que allí se hizo derroche.

Era 28 de Junio de 1898; el entonces General de Brigada D. Joaquín Vara de Rey y Rubio, ocupó el poblado del Caney, al mando de tres compañías de la Constitución, una compañía de guerrillas á pie, 60 hombres de la guerrilla local del Caney, y 40 del Regimiento de Cuba, que eran su guarnición anteriormente. En total 471 hombres.

Inmediatamente se procedió á fortificar el poblado, el que se rodeó de trincheras imperfectamente terminadas el día del combate, por ser el terreno muy duro y pedregoso, y la falta de útiles en los primeros momentos hasta tanto que se trajeron de Santiago de Cuba. Se aspillaron la Comandancia Militar é Iglesia, únicos edificios de materiales fuertes.

En las primeras horas de la mañana del 15 de Julio, la división Lavton, posteriormente reforzada, es decir 6.500 hombres y cuatro piezas (Capitán Caprón) avanzó sobre el Caney, guarnecido como queda dicho por 471 hombres sin una mala pieza de artillería, pero mandados por don Joaquín Vara de Rey, aquel soldado de aspecto serio y reflexivo, cuya imponente silueta no podía jamás borrarse una vez vista según los que le conocieron.

El fuego de las trincheras españolas era rasante en un espacio de 600 á 1.200 metros; en la parte N. E. de la posesión; el fuerte del Viso, guarnecido por una compañía, ocupa una colina desde la cual se dominan todos los aproches.

Se propusieron los americanos envolver la posición española, para lo cual la brigada Chafée se dirigió desde el N. E. hacia el Viso; la de Ludlow, desde el S. O. hacia la desembocadura del camino que une al Caney con Santiago, mientras que una batería se colocó en posición al E. del pueblo, y la brigada de Miles ocupó al S. Duconreau, formando una reserva del ala izquierda.

Comenzó el fuego de las trincheras españolas á las seis y cuarto de la mañana; una línea de sombreros de paja se descubría de improviso sobre ella, inmediatamente el ruido de una descarga, seguido en la desaparición de los sombreros y á cada momento se repetía esta operación, observándose en ella tal disciplina, que produce una profunda impresión en la línea de exploradores americanos.

La brigada Chafée poco después se encontró toda desplegada, pero sin poder avanzar un paso, y la de Ludlow se halló también detenida.

Las granadas entre tanto, estallaban por encima de las trincheras españolas, destrozando las casas del pueblo y perforando los muros del Viso, y á pesar de todo y de que la artillería tiraba á mansalva y podía hacer fuego desde 3.000 metros con la tranquilidad de un ejercicio en el campo de tiro, el fuego de fusil de los españoles continuó, con igual regularidad y violencia. Delante del Viso cuenta un testigo presencial (Capitán sueco Wester): «Se descubría un oficial paseándose tranquilamente á lo largo de las trincheras. Se le vió entre un diluvio de balas, animando con el ejemplo á los bravos defensores, agitando con la mano su sombrero, y se escuchaban aclamaciones ¡ah sí! ¡Viva España! ¡Viva el pueblo que cuenta con tales hombres!»

Las tropas americanas echadas al suelo, no pensaban en moverse á causa de la precisión de las descargas, que la pequeña fuerza española les enviaba á cada instante.

Se hizo preciso pedir socorro. Si Vara de Rey hubiera tenido fuerzas

de reserva, ó recibido refuerzos en este momento, tomando la ofensiva, hubiera obtenido la victoria. Hacia la una Miles desde Duconreau avanzó, entrando en línea á la derecha de Ludlow, y hacia la tres, la brigada de reserva Bates procedente de Sevilla, desplegada á la izquierda de Chafée; pero en lo alto de las trincheras el fuego se escuchaba de continuo.

Por fin consiguen que el Viso sea evacuado por los españoles, que ceden el terreno lentamente, demostrando con su tenacidad, lo que muchos militares de autoridad no han querido admitir: *Que una buena infantería puede sostenerse largo tiempo bajo el fuego rápido de las armas repetidoras.* Los americanos se apoderaron del Viso á las tres y media, después de dos ataques infructuosos.

El último soldado americano que cayó herido, lo fue á 23 pasos de las trincheras españolas.

Apesar de estar conquistada la llave de la posición, aquella pequeña fuerza continuó la lucha, sin reservas ni refuerzos.

Los americanos desde el Viso comenzaron á tirar sobre el poblado, objetivo también de la brigada Ludlow; pero la ocupación no se efectuó hasta las cuatro y media, hora en que muerto Vara de Rey, después de haber sido herido dos veces anteriormente, ordena la retirada, y grita desde la camilla antes de morir: ¡Hijos míos, no rendirse! En consecuencia, abandonando el pueblo, continuaron la lucha desde una colina, situada 600 metros al O. y en el camino de San Miguel de las Lajas, línea de retirada.

Admirable y grandiosa obstinación de resistencia en que todos contribuyeron hasta el último instante!

Detrás de la línea de batalla americana, se arrastraban los cobardes chales de esta guerra, los cubanos, que como lobos hambrientos se lanzaban á saciar su sed de sangre, sobre los infelices é inofensivos heridos españoles, macheteándoles horriblemente.

El ruido del combate no cesó sino cuando el sol estaba á punto de ponerse. Durante cerca de 10 horas, 471 bravos soldados, resistieron unidos y como encadenados, sin ceder un palmo de terreno, á otros 6.500 provistos de una batería y les impidieron tomar parte en el combate de Lomas de San Juan.

«Después de esto, ni una palabra más se escuchó en el campo americano sobre inferioridad á la raza española» exclamó el citado Wester— «Contemplad ese pueblo,—dice—las casas están arruinadas por las granadas, las calles cubiertas de muertos y heridos. El general Vara de Rey, está allí muerto: un hermano (su hermano) y un sobrino, al lado suyo, muertos también; en alrededor multitud de oficiales y soldados. Todos han estado cumplidamente su deber: desde el primero al último.» «¡Dichoso el país que es tan querido de sus hijos! ¡Dichosos los héroes que han sucumbido en un combate tan glorioso!»

Con su sangre han escrito en la Historia el nombre del Caney, como uno de los más brillantes episodios guerreros, y en letras de oro deben inscribirse también en las banderas de las tropas que allí combatieron.

Este puñado de héroes, hicieron frente á cuatro brigadas americanas; les causaron 1.500 bajas, más del triple de su reducido efectivo; que, como hemos dicho, solo era de 471 hombres, y por su parte, perdieron el 60 por 100 entre muertos y heridos, cifra no conocida en los fastos de la guerra.

El teniente coronel Puñel, uno de los pocos oficiales supervivientes, entró en Santiago de Cuba con 80 soldados, únicos ilesos.

RAZALAS.

Páginas literarias

## OTOÑAL

Por la espalda de los cerros aparecen las nubes grises; iban apiñándose lentamente, impulsadas por el viento que recogía en sus ondas la humedad de la atmósfera y la iba dejando sobre la tierra amarillenta y seca de los campos. Subieron por el cielo azul hasta cubrir con su densidad el sol.

Por las puertas de algunas chozas, asomaban sus rostros alegres, los campesinos, gozándose en el aspecto que daban á las tierras el tono gris del cielo, preludio de abundante lluvia.

El campo estaba silencioso; la vendimia había llevado sus últimas notas de color, los cantares alegres del lagar, el movimiento que da el trabajo, y se presentaba agostado, sediento, expectante, envuelto en el sudario amarillo y crugiente que semejaban

Biblioteca de EL ECO DE CARTAGENA 370

—Si continuas con ese quétrépo no podré entorpecerme del estado de vuestro compañero.

Al oír estas palabras, el de la voz de bajo pareció que despatascaba de repente y cesó de reír. Los otros diez y siete roncadores también bailaron, y la comedia terminó como por encanto.

Cuando el médico examinó mi brazo catuvo mucho más amable.

«Siento mucho,—me dijo—haberme hecho esperar tanto tiempo, pero se me había dicho que no tenías casi nada en la mano, y veo por el contrario que estás gravemente herido. Venga á quitarnos la levita y el guante con las mayores precauciones.»

Víase entonces que tenía dos dedos rotos, y tuve que experimentar nuevos sufrimientos, mientras el doctor operaba, para poner cada uno de ellos en su sitio. Envolvíetome en seguida, la mano sólidamente colocándola sobre un aparato de hoja de lata que se parecía á una canera y que por medio de un viljo pedáneo de seda negro quedó suspendido de mi cuello. Terminada la cura parecía un inválido joven.

Felizmente para mí el doctor me puso en la segunda forma. Procuraré hacerme inteligible y para lo que no saben lo que ésta expresión significa y que yo tampoco comprendí el primer día.

Ya he dicho con qué parsimonia se distribuye

LA VIDA MILITAR EN PRUSIA 367

ocho, pocos era los que descansaban en la cama, los otros daban vueltas por todos lados, los otros se reunían en corros para hablar.

En un hospital militar, el traje de todos los enfermos es igual, ancho pantalón gris, braga de lienzo rayada, medias blancas de lana y babuchas. Desaparece allí toda distinción de grados, y los gentes, cabos y soldados hablan y ríen entre sí.

Estaba solo en uno de los sillones de la sala sentada en mi cama y sufriendo eráticamente de la mano, cuando volvió á presentarse el enfermero trayéndome el traje del hospital. A su entrada comencé de nuevo las chancasonetas á que contesté con el mismo silencio. Sólo una vez, y á causa de haber dicho una vez, casado con el capitán Mateo amenizó con el puño al que había hablado. El enfermero de voz de bajo le manifestó entonces que el mostraba otra vez el puño le rompió en la cabeza algunas botellas de medicamentos.

Tenía á los pies de mi cama el traje del hospital pero todos mis esfuerzos para desmenuarme fueron infructuosos y no podía conseguir sacarme el guante de la mano herida. Algunos de los que estaban cerca de mí veían mi apuro, pero eran demasiado holgazanes para levantarse y venir ayudarme. De pronto la voz de bajo dijo estas palabras en tono infervativo.

—No ve nadie que el sargento no puede servir.